

Carta desde Mónaco

24 de agosto de 2003

Bernard Reynaud

Podría intitular mi carta “Heca-tumba o de la mejor manera de rejuvenecer una masa”. Gracias a uno de sus múltiples “saltos prodigiosos”, nuestra Señora la Ciencia puso en los brazos de la “masa” –quiero hablar de la nación francesa, dejo a mis colegas italianos, españoles o ingleses contar a sus muertos– un problema sin solución: su envejecimiento. Entonces, frente a la(s) heca-tumba(s) de viejos (dejémonos, por favor, de eufemismos vergonzosos como “tercera edad”, “seniors”, “adultos mayores”, y hablemos tranquilamente de viejos y ancianos), esos viejos víctimas del “calorazo”, la masa debería alegrarse: 13 000 víctimas representan otras tantas pensiones que dejaremos de pagar, otras tantas bocas inútiles que dejaremos de alimentar. Y además, lo que es mejor aún, de repente la masa rejuvenece. Todos esos viejos tenían entre 85 y 100 años gracias a los progresos de la ciencia. Así pues, cuando la Señora Ciencia nos mete en un callejón sin salida y manifiesta de repente su impotencia, Dama Naturaleza la viene a ayudar. Deberíamos gritar al milagro y ser agradecidos.

Entonces, ¿por qué lanzar el anatema sobre algún chivo expiatorio del gobierno, del Estado, del servicio público? Lo único que se le podría reprochar, al tal chivo, es su ceguera en cuanto al futuro; pero esa ceguera es universalmente compartida, perdón, exagero: algunos demógrafos, la demografía como Casandra, han profetizado sin jamás ser escuchados. Toda Europa sabe, debería saber, que su porvenir está inscrito en las actuales pirámides de edad y que antes de diez años todas nuestras hermosas redes de protección social, en forma de seguro, salud y pensiones, quedarán en ruinas y que urge reformarlas.

¿Qué le reprochan al gobierno y a sus ministros? No podían sacar la kalashnikof para resolver el problema de la extrema “tercera edad”; en tiempo de paz, suprimir de esa manera a 13 000 ancianos sería mal visto. Frente a esa constatación, uno está tentado a dejar de discutir la pertinencia de un tal Hitler, quien declaraba: “La masa es tan estúpida como una mujer; hago de ella exactamente lo que quiero”. De hecho, los archivos foto y cinematográficos nos enseñan siempre una masa de muchachas rubias agolpadas alrededor del podio, en su esperanza de besar una de las botas del chaparro (medía 1.56, según algunos autores que señalan que Napoleón, Lenin, Mussolini y Stalin no medían mucho más).

Existe, pues, una alternativa: votar para uno de esos “furores” (führer/furor), especialistas en rejuvenecimiento de la masa. Sus métodos son mucho más expeditivos que los de nuestro secretario de Salubridad, de nuestro director de los hospitales públicos, de la Señora Ciencia, o de Dama Naturaleza, con su vulgar y corriente “calorazo”.

Dejo el humor negro, mejor dicho lo dejaré después de citarte esa frase de Georges Perec: “Los trenes empiezan a existir cuando y sólo cuando descarrilan. Más numerosos los muertos y más existentes los trenes”. Ciertamente. La prensa, el radio, la televisión, todos los “masivos” medios de comunicación, privilegian siempre lo excepcional, lo dramático, el bombazo, el incendio, la carnicería. Con el “calorazo”, de pronto los franceses descubren a los viejos, a las casas de ancianos, a los hospitales, al verano y ponen el grito al cielo.

Sí, es cierto; agosto del 2003 se llevó a 13 000 muertos más que el mismo mes del año anterior. No tengo las cifras de los últimos cinco, diez años, pero, sin que se deba atribuir todo al calor y tomando en cuenta que, todo el año, ocurren variaciones a veces sorprendentes de una semana a otra, no cabe duda de que hubo una sobre mortandad de “adultos mayores”. En París se dice que la ola de calor ha disparado en más de un 80% las muertes; en Marsella, Niza o Mónaco, ni llegamos a un 10% más de lo habitual. Mi antiguo compañero del internado de Marsella, el actual secretario de Salubridad, dijo: “Todos esos ancianos eran como pequeñas velas frágiles que se apagan prematuramente porque se las ha tratado con violencia”. ¿Cuál prematuramente? Morir más allá de los 85 años no es morir prematuramente, o ¿será que pretendemos llegar a los 120, o no morir nunca, después de jubilarnos a los 55 años? Y ¿cuál violencia? Indiferencia, posiblemente,

pero muchos de los que murieron solos a tan avanzada edad ya no tenían ni compañero, ni hijos, sea porque ya habían muerto, sea porque nunca los tuvieron. El 50% murió en residencias de ancianos, el 30% en el hospital y el 20% en su casa. Nunca tuvimos tanta gente tan vieja.

Recordarás lo que decía tu padre: “No enfermarse nunca en agosto, menos aún necesitar una intervención. Todo el mundo está en la playa”. Cierto, muy cierto. Esa es la parte sociológica de la crisis. Alguien forjó la palabra “insolidaridad”. Es otro tanto. Un empleado del Centro de Acción Social de París cuenta que desde el día 12 de agosto avisaron a varios hijos de la muerte de sus padres. Ellos estaban de vacaciones. Algunos tardaron más de quince días en venir por el cuerpo... no acortaron sus vacaciones. Cuando te estoy escribiendo hay todavía 300, 400 cadáveres en París de los que nadie quiere hacerse responsable. ¡Imagina lo que Celine hubiera escrito sobre el tema! Una novela entera...

Dicen que en España y en Italia el “calorazo” tuvo efectos demográficos no tan fuertes, pero tampoco muy distintos, pero que manifestó la permanencia de un viejo mapa sociológico, con un sur todavía clánico, tribal, familiar, solidario, que no abandona a sus ancianos en residencias, hospitales, departamentos, sino que los mantiene adentro de la célula madre. Ese Sur que alcanzó las temperaturas más altas no vio subir mucho las defunciones.

Me río cuando oigo a los políticos. La oposición, en Francia, no en España, ni en Italia, transforma el calorazo letal en arma de combate contra el gobierno –todo vale– y el gobierno moraliza: “Es un drama de responsabilidad colectiva”. “Dejamos a nuestros ancianos en la soledad”. “¡Qué malos somos!”. Culpabilización, autoflagelación, promesa de “un Plan Marshall” para la tercera edad. El ridículo no mata, lástima. No es con “amor, amor” como vamos a resolver el problema.

¿Por qué no enseñar cada día en televisión la pirámide de las edades de Francia y de toda Europa? ¿Recordarás cómo en el liceo, allá, a finales de los años cincuenta, nos calentaban la cabeza con el peligro de la “explosión demográfica”, de la “sobrepoblación”? Lo que viene, y de prisa, es la implosión demográfica, hoy en Europa, y Japón, mañana o pasado mañana en tu México y en China. Hoy tenemos más de 1 000 000 de personas de más de 85 años, en 2010 serán 2 500 000. Pronto la tercera parte de la población francesa tendrá más de 60 años. A escala mundial, el número total de personas mayores de 60 años se verá multiplicado

por tres de aquí a 2050. Los efectos del envejecimiento se van a notar mucho antes de lo previsto. El “calorazo”, por ejemplo, fue una llamada de atención. En teoría, si Europa cerrara sus puertas a la inmigración –es imposible, no es deseable– empezaría a perder población mañana. En cincuenta años Rusia perdería 28% de su población actual, reconoce el presidente Putin, Italia 25 y España 22.

México, Canadá y los Estados Unidos no están directamente amenazados, así que gocen ustedes de su juventud y aprendan de nuestras enfermedades. ❧

La invención de “Ariel”

Enrique Krauze

El nacionalismo mexicano –como bien se sabe, gracias a los estudios de David Brading–, nació como una afirmación de la identidad criolla frente a la dominación peninsular, pero una vez alcanzada la independencia, paulatinamente cambió de objeto y de sujeto. El nuevo adversario fue el vecino del norte y el nuevo depositario fue el grupo que con el tiempo se denominaría conservador, y que desde los años treinta señaló los peligros que se cernían sobre la naciente República mexicana. Como es natural, el grupo buscó su filiación cultural en las raíces hispánicas y católicas. Las diversas corrientes liberales o progresistas que contendieron por el predominio político e intelectual a lo largo de ese siglo despertaron tarde al sentimiento nacionalista. Durante y después de la guerra contra los Estados Unidos no dejaron de escucharse voces liberales que entendían los peligros tangibles de la doctrina del “Destino Manifiesto” (la de Melchor Ocampo, gobernador de Michoacán, fue una de ellas), pero las exigencias prácticas de las guerras de Reforma y de Intervención mantuvieron los lazos entre los liberales y los gobiernos de la Unión Americana. Esta colaboración (que en 1858, como se sabe, pudo representar concesiones en verdad comprometedoras para México, como las plasmadas en el Tratado MacLane-Ocampo), siguió adelante sin solución de continuidad durante la República Restaurada y las primeras décadas del porfiriato, bajo la forma de concesiones diversas (ferrocarrileras, sobre todo) y elaborados proyectos de libre comercio. El tono de la relación, por parte de México (y en general de los círculos liberales en la América Hispánica, recuérdese el admirativo y perspicaz diario de viajes de Sarmiento por los Estados Unidos) fue de

cautela política y de admiración ideológica. Los Estados Unidos fueron, además, una tierra de refugio para los exiliados políticos de corte liberal. Pero de pronto la historia dio un vuelco que marcaría al siglo XX: la sorpresiva convergencia del ideario liberal con el conservador bajo el denominador común de su mutuo rechazo al naciente imperio estadounidense. Ese momento clave, especie de “toma colectiva de conciencia”, ocurrió en el gozne de los dos siglos y tuvo varios exponentes en la América Hispana. En México encarnó en uno de los más distinguidos espíritus de la época: Justo Sierra.

Hacia 1897, a sus 49 años de edad, Justo Sierra viaja a los Estados Unidos. Se consideraba a sí mismo un “liberal conservador” puesto al día por las últimas corrientes del evolucionismo spenceriano. En *Tierra yanquee*, su diario de viaje, Sierra refleja el inestable balance que intentaba el pensamiento liberal finisecular sobre aquel país con las dos caras de Jano, imperial y democrático. En una reunión con los liberales del exilio cubano en Nueva York, Sierra se acerca al problema de la isla, envuelta en la infructuosa guerra de Independencia y dividida entre sus deseos de libertad de España y el temor –previsto por Martí– de caer en los Estados Unidos.

Al escucharlos, Sierra revive los conflictos de mitad de siglo sobre los que habría de escribir:

Lo que aquí hay es una formidable codicia; lo que aquí existe es el mismo cínico apetito que determinó al Congreso americano a aceptar la anexión de Texas [...] la verdad es que Cuba es un gran *business* [...] la preparación quedará completa en el curso de 98; entonces la amonestación amistosa a España se convertirá en aspérrima intimidación, y el coloso levantará su voz formidable para formular un ultimátum... una guerra por Cuba que empezará por hacer de Cuba misma la prenda pretoria, sería aquí enormemente popular.

Su profecía se cumplió, palabra por palabra, en el tiempo exacto. Pero días más tarde, frente al Capitolio, Sierra matiza un tanto su juicio:

Pertenezco a un pueblo débil, que puede perdonar pero que no debe olvidar la espantosa injusticia cometida contra él hace medio siglo; y quiero como mi patria tener ante

los Estados Unidos, obra pasmosa de la naturaleza y de la suerte, la resignación orgullosa y muda que nos ha permitido hacernos dignamente dueños de nuestro destinos. Yo no niego mi admiración, pero procuro explicármela, mi cabeza se inclina pero no permanece inclinada; luego se yergue más para ver mejor.

El sentimiento ya no era de admiración pura sino de ambivalencia: por un lado el recelo ante aquella máquina de ambición y fuerza que le recordaba la herida abierta de 1847; por otra parte, la inclinada admiración ante “la labor sin par del Capitolio [...] embebido de derecho constitucional hasta en su última celdilla [...] ¿cómo no inclinarnos ante ella, nosotros, pobres átomos sin nombres, si la historia se inclina?”. Hasta aquí, el liberal y el nacionalista en Sierra permanecían en perfecto equilibrio.

Todo cambio (para Justo Sierra y para la América Hispana) con la derrota de España en 1898 (esa “pequeña espléndida guerra” como la llamó el secretario Hay, uno de los grandes teóricos del imperialismo norteamericano). En ese instante, los liberales mexicanos e hispanoamericanos, como Justo Sierra, dejaron de “inclinarse”. Fue un momento de quiebre en la historia del pensamiento hispanoamericano, no podían admitir una libertad impuesta por las armas y una independencia convertida en protectorado (Porfirio Díaz mismo señalaría, no sin precaución, estos peligros en la entrevista con Creelman, en 1908).

La situación de Cuba configuró con claridad el sentido de varios episodios del siglo XIX: era el capítulo más reciente de una historia ya larga que incluía la anexión de Texas, la guerra con México, las acciones filibusteras en Centroamérica y hasta ciertos designios explícitos (por ejemplo de Henry Cabot Lodge) de hacer ondear la bandera de las barras y las estrellas desde el Río Bravo hasta la Patagonia. Tras esa toma colectiva de conciencia, era natural que la admiración liberal por la democracia norteamericana pasara, de manera definitiva, a segundo plano: lo que privaba ahora era el temor al siguiente zarpazo del “*Big stick*” en cada confín del Caribe y en tierra firme. Fue entonces cuando los círculos liberales de América Latina comenzaron a conseguir un nacionalismo continental de nuevo cuño, un hispanismo americano laico, algo distinto al tradicional conservadurismo monárquico y católico, y formulado en términos explícitamente anti-norteamericanos.

Luego del agravio vino la primera construcción intelectual. Bajo el efecto del 1898, un escritor uruguayo, José Enrique Rodó, dio forma al nuevo credo en un pequeño libro: *Ariel*. En la historia de las ideas en castellano, su célebre ensayo debe verse (junto con textos premonitorios de Martí y el poema “A Roosevelt” de Darío) como el complemento iberoamericano a la crisis histórica del 98 español. La patria misma de la democracia y la libertad, el mundo del porvenir y el progreso, había derribado al tronco español y amenazaba a sus ramas americanas.

Rodó –como se sabe– proponía para la América Hispana la construcción de una cultura espiritual y estética opuesta al “crudo y salvaje” materialismo del Calibán norteamericano. Su mensaje caló en todos nuestros países al grado de que dio pie a un movimiento llamado “arielismo”, sin el cual no se entiende la historia intelectual de América Latina en el siglo XX. Los jóvenes en Hispanoamérica despertaron al siglo XX leyendo a *Ariel*. “En sus luminosas páginas –escribió el dominicano Pedro Henríquez Ureña, en 1904– se cierne, en gloriosa lontananza, la visión de América”. Tiempo después, en el pujante estado de Nuevo León, el gobernador Bernardo Reyes ordenó realizar la primera edición mexicana del libro de Rodó. Ediciones similares aparecieron en todo el continente, e incluso en Perú varios jóvenes intelectuales formaron grupos arielistas. Tal vez Venustiano Carranza –ávido lector de *México a través de los siglos*– supo de Rodó, y quizá así se explique su nombramiento de Amado Nervo como embajador en Uruguay. Pero lo cierto es que fue el primer presidente que intentó un acercamiento real con las repúblicas iberoamericanas. Años más tarde, en su gestión educativa y en varias de sus obras –*La raza cósmica*, desde luego– Vasconcelos retomó el tema de Rodó y le imprimió una variación original y proteica.

El “arielismo” fue, en suma, la primera ideología moderna generada en nuestros países, frente al liberalismo clásico y sus sucedáneos directos (positivismo y evolucionismo). Con el tiempo se constituyó en un trasfondo (cercano o remoto, tácito o abierto), de los grandes y apasionados “ismos” del siglo XX en América Latina: anarquismo, socialismo, indigenismo, nacionalismo, iberoamericanismo, hispanismo, populismo, fascismo, comunismo. En mayor o menor medida todas esas doctrinas tuvieron un fondo “arielista”, compartían –incluso demagógicamente– el ideal de una nación de naciones unidas por altos valores del espíritu enfrentada a “la otra América”.

En 1959, 59 años después de la primera edición del *Ariel*, en una escuela secundaria privada de la ciudad de México, una famosa maestra de lengua y literatura llamada Rosario María Gutiérrez Eskildsen predicaba a sus alumnos: “Lean *Ariel*, es más que una profecía, es el evangelio de ‘nuestra América’”. En ese mismo año, como en una reversión de la guerra de 1898, la revolución cubana comenzó un ciclo de nacionalismo de izquierda continental, que aún no termina. Castro adoptó, claro está, el sistema comunista, pero en su ideario y sobre todo en el de su compañero de armas, el Che Guevara, resonaba un tema más decisivo que el materialismo dialéctico: el idealismo latinoamericano del *Ariel*, ese nacionalismo colectivo que dio sus mejores frutos en la literatura y en el arte, pero que en los ámbitos de la economía y la política se ha definido menos por su valores propios que por el rechazo casi ontológico –pero siempre infructuoso y paralizante– al Calibán del norte. ❧